LUDOTERAPIA AUTOCREADORA A.C.

ARTÍCULO

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

INTRODUCCIÓN

Es la falta de amor, en la polaridad amor-odio, donde se instalan las interacciones violentas. El odio es su sustrato y alimenta formas de relación que contextualizan los actos violentos, es decir, no hay una violencia per se. Esta manera de vivir se da en un contexto y una historia, en una formación de figuras y en su destrucción (formación gestáltica). Es por eso que no es la faceta destructiva de la violencia únicamente lo que la define, pues es compartida esta faceta destructiva por otras interacciones necesarias para la asimilación de la experiencia (la "agresividad" alimenticia, intelectual, sociohistórica). Básicamente planteamos, desde un enfoque gestáltico integral, (que integra cuatro dimensiones humanas de la experiencia: lo bio-psico-cultural y sociohistórico) que la agresión y la violencia se distinguen por formar expresiones con un fondo emocional distinto: el amor y el odio, respectivamente. A esta diferencia se dirigen los siguientes planteamientos en el contexto de la experiencia de trabajo clínico con niños.

Desde 1984, en el Centro de Servicios Clínicos para Niños (CESEPCLIN) han sido una constante estadística las solicitudes de servicio de atención para el niño denominado coloquialmente de "mala conducta" y "agresivo", considerado en el DSM IV-TR comotrastorno disocial tipo de inicio infantil. Las solicitudes llegan hasta el 80%, requiriendo servicio de atención para el niño señalando con características de niño "terrible", "incontrolable", que "no hace caso de nada", "sólo entiende si le pegamos o castigamos", "no atiende reglas", "no se mide", etcétera (Covarrubias, Serrano y Valencia, 1990). En el análisis de su contextualización encontramos como variable relevante el ser objetos de violencia y de una inconstante e inadecuada aplicación de la disciplina tanto en casa, como en el ámbito escolar.

La falta de una distinción entre estas expresiones, conduce al adulto a caracterizar las interacciones con los niños que manifiestan conductas calificadas de "violentas" o "agresivas", de manera tal que procuran a partir de su idea de lo que significaría un "buen comportamiento", relaciones que establecen círculos viciosos en la supuesta "solución" al problema. Es decir, descontextualizan el comportamiento, establecen etiquetas y guiándose por prejuicios y desde un fondo emocional inadecuado de falta de respeto al niño y sus procesos, intentan "controlarlo" sometiéndolo a una relación de opresión, abuso, e incluso violencia parental o institucional (en la escuela por ejemplo).

En nuestra experiencia clínica, hemos observado que hay una relación experiencial entre la medida de tolerancia y aceptación de los adultos que reportan el caso y la valoración que hacen de la gravedad del problema de los niños con "mala conducta". La mayoría de los adultos que conviven con el menor, decíamos, tienen el objetivo de "controlarlo", bajo la premisa de suprimir el "mal comportamiento" manifiesto del niño. Esta posición jerárquica superior, mantiene un fondo emocional de carencia de amor. Encontramos entonces casos donde la agresividad del niño se vuelve síntoma irritante para los adultos cercanos a este, quienes lo perciben bajo su juicio social, como indeseable (no sólo la conducta, sino incluso al niño), y a partir de ahí se genera una dinámica deviolencia en la relación. Suponemos que se requiere de la presencia de emociones destructivas de lo humano y no sólo una confusión cognoscitiva, para que eso ocurra. En los patrones de desamor, la agresividad propia del trabajo de destrucción para la asimilación que realiza en niño o niña, es justificación para bloquear este proceso mediante la incorporación de la destrucción del otro (violencia). Por eso es posible pasar de la descalificación del acto, a la descalificación de la persona.

AGRESIVIDAD NO ES VIOLENCIA

El estudio de la agresión y la violencia requiere de estudios multidimensionales en tanto se reconoce que sus mecanismos generadores son múltiples, tanto a nivel molar (sociohistóricos, de la estructura y organización social, institucionales, factores económicos y políticos, etc.) como moleculares (aspectos psicológicos y culturales, individuales, familiares y comunitarias). Una visión integral por ello implica una participación multidisciplinaria. Nuestra aportación se enmarca en el campo de una visión de la psicología clínica con enfoque gestáltico-integral.

Parte de la confusión reportada en las distintas investigaciones sobre el fenómeno de la agresión y la violencia responden a una diversidad de definiciones (y enfoques) que se presentan sobre las mismas. Se ha considerado desde una característica innata, genéticamente determinada, hasta una conducta condicionada por componentes biológicos en interacción con los ambientales. Se definen tanto como procesos como conductas, bajo criterios diversos como el de daño o lesión a otros, el de intencionalidad (proceso motivacional) o el de evitación. Como ejemplo particular, para los investigadores de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz *"sólo consideraríamos agresión un evento aversivo que produce consecuencias inmediatas negativas para el agredido, positivas para el agresor y consecuencias a largo plazo negativas para ambos (...) la característica fundamental de la conducta agresiva y antisocial es la producción de conductas aversivas por parte de un individuo de una forma contingente. El evento aversivo es aquel que un individuo trata de evitar, es decir, que genera conductas de evitación o de escape. Además... para que una conducta aversiva sea considerada antisocial, debe ser contingente, es decir, tener una clara y precisa relación de dependencia con la conducta del otro individuo y que viole de alguna manera sus derechos."* (Ángel, Gabiria y Restrepo, 2003: 106-107).

En contraste, nuestra posición identifica la definición de estos autores, más propiamente con sólo una de las polaridades que pensamos para nuestro planteamiento: el de la violencia. Al considerar a la agresión como un proceso desestructurante necesario para la asimilación (biopsicosocial) no necesariamente es aversivo aunque se reconozca su contingencia. En cambio la violencia definida aquí en su dimensión de desestructuración basada en la falta de respeto a la biología amorosa humana, es esencialmente antisocial. Estamos de acuerdo por ello, a condición de sustituir el término de agresión por el de violencia con lo que Ángel, Gabiria y Restrepo (2003:109) señalan como conclusión de definición (de violencia): *"la agresión (violencia) es una conducta social compleja que implica interacción entre dos o más individuos y que está dirigida a lograr control, es decir, una consecuencia o un objetivo. Dicho control es de naturaleza aversiva o coercitiva: el individuo agredido (violentado) debe responder de la forma determinada por el agresor (violentador), con el objeto de evitar o poner fin a la conducta lesionante o aversiva del agresor (violentador). En este sentido, aunque primitivo, la agresión (violencia) es una manera altamente eficaz, por lo menos a corto plazo, para controlar el comportamiento de las otras personas."*

Una sociedad patriarcal que establece sus premisas relacionales en la descalificación de más de media humanidad, como es el caso de las mujeres, los niños y los ancianos, por supuesto que incorpora en la crianza elementos disonantes con el amor y juego que nos humaniza. En el patriarcado la estructura de jerarquías y dominación, de competencia y abuso es el contexto de nuestras relaciones familiares. No es de extrañar entonces que buena parte de los problemas de salud mental incluyan, si somos sensibles a sus expresiones, relaciones de violencia en diversas intensidades y modalidades.

Recientemente se notifico sobre los resultados de la Encuesta de Maltrato Infantil 2006, que revelaron que la violencia doméstica contra los niños disminuye, de un 24.2 por ciento a un 15.2 por ciento en los hogares donde la pareja les dedica cinco horas o más al día a los hijos. Anotan además que el 16 por ciento de las madres en México maltratan más en relación con el padre (nueve por ciento), por la presión de su doble jornada en hogar y trabajo. Es evidente que en nuestras circunstancias económicas de explotación, las mujeres salen cada vez más a trabajar, sin por ello dejar el cargo del hogar, en que el hombre no siempre colabora. Es blanco entonces de un mayor estrés. Incluso para los investigadores, en tanto que "el poder de la mujer generalmente está en la casa", pues es ella quien dirige y maneja el hogar, una manera de sentir y ejercer ese poder es "mantener a raya a los hijos".[2] También se reconoce que las niñas son quienes están sufriendo estas condiciones en México, pues alrededor del 60 por ciento de las niñas sufren maltrato emocional a manos de uno o ambos padres, mientras que en el caso de los niños el porcentaje disminuye a 47 por ciento.

Al hablar de agresividad actualmente no distinguimos entre la agresividad original de nuestro organismo, con la violencia como producto de una socialización fundada en la emoción del odio, y que por ello es ahora no sólo una violencia real sino también, simbólica. Una definición interesante de "agresividad" y "violencia" nos la proporcionan Perrone y Nannini (1997:30):
"La agresividad sirve para definir el territorio de cada uno y hacer valer "su derecho". La violencia, en cambio, rompe los límites del propio territorio y los del otro, invade la relación y los vuelve confusos. Es una fuerza destructora de sí mismo y del otro. Es consensual definir el acto violento como "todo atentado a la integridad física y psíquica del individuo, acompañado por un sentimiento de coerción y peligro"

Para la terapia gestalt, hay una tesis sobre la agresividad que es importante rescatar aquí, y que Vinacour, plateaba así: *"La otra gran tesis de la gestalt es la dignificación de la agresividad. El planteo es que no hay que desconectarse de las cargas agresivas sino más bien dejarlas expresarse. Cuando nos comportamos de forma urbana y educada, perdemos de vista nuestro pasado prehistórico donde la fuerza y la agresividad fueron parte de nuestro compartimiento, de la misma manera que las emociones tiernas. Los entornos urbanos de la tecnocracia restringen este lado de nuestra naturaleza, la gestalt terapéutica de Perls propone la libre expresión de las emociones agresivas."* [3]
Nos encontramos expuestos a la violencia cotidianamente, encontrándola presente en el cine, en la televisión, en los programas infantiles, en la música, en las calles, en la escuela, en la intimidad del hogar (violencia intrafamiliar), etc. Distinguimos sin embargo, a la agresión como una de las pulsiones vitales de los seres vivientes, y que le ha permitido al ser humano sobrevivir a lo largo de su evolución. La agresividad como tal fue la fuerza impulsora de la acción hacia el hacer, etimológicamente agresión (de ad-gressere)significa ir por delante del otro. Serge Ginger (1995) plantea su parentesco con la palabra pro-gresar, "ir hacia delante", que se opone a regresar, "ir hacia atrás, retroceder".

Como pulsión, la agresividad nos "impulsa" a vivir, y se considera entre las tres principales del ser humano, junto con el hambre y la sexualidad. Es por ello que no se debe confundir conceptualmente con la violencia aniquiladora. "La agresividad positiva es unaconquista de mi entorno (a través de la cual consigue la alimentación): me permite ser reconocido,

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

existir (de exsistere, "situarse en el exterior", afirmarse en el espacio y el tiempo: tengo derecho a mi lugar y mi tiempo para la palabra, para la expresión, tanto física como social." (GINGER, Serge, 1995:135). Por ello evolutivamente se presenta en la necesidad de atacar para alimentarse, defenderse, protegerse, sobrevivir biológicamente. Se mantiene ahora, como la energía que nos mueve a enfrentarnos a la vida y nos lleva a conseguir y conservar lo que tenemos y el modo como se da nuestra existencia.

En la dirección contraria de esta función de la agresión tenemos como hemos definido, a la violencia. Aprendemos a ser violentos en un marco de relaciones donde hay carencias de respeto y amor humano. La familia es un epicentro de estos aprendizajes y por ello, coincidimos de manera general, con la postura de los investigadores sistémicos ya citados, Reynaldo Perrone y Martine Nannini (1997), considerando que la familia es el espacio donde "nacen y maduran los sentimientos más intensos y donde se dan los aprendizajes sociales básicos." Por ello, ahí han de realizarse ciertos aprendizajes que nos alejan de la violencia, o por el contrario nos instalan en ella:
"La aceptación de la diferencia y de la autoridad, el respeto de las reglas, la tolerancia a la frustración, la experiencia del compromiso y de la negociación dejan atrás las réplicas violentas, tanto en la red social como en la familia. Si estos aprendizajes no se llevan a cabo, es decir, si no se toman en cuenta la diferencia, la singularidad y los deseos de cada persona, aparece la violencia, y esta se vuelve el modo habitual de resolver los conflictos familiares." (Perrone y Nannini, 1997:27)

Hay que reconocer, a fin de pasar a una gestalt integral, que en nuestra complejidad, las particularidades de nuestra biología humana, son coherentes con esta fenomenología sistémica o cultural. Nuestro modo de vivir humano, como nos menciona el biólogo chileno, Humberto Maturana (1997), genera diferentes modos de ser humanos. Es decir, en la biología humana no basta que compartamos una estructura corporal de homo sapiens sapiens, en nosotros en particular, el modo como vivimos da surgimiento a seres humanos distintos. Vivir en el respeto a nuestra expresión agresiva, en un contexto de aceptación amorosa, da surgimiento a seres humanos que respetan la crítica y la diferencia del otro. Al espacio de relaciones establecidas en nuestros modos de vivir humanos, es a lo que se designa como espacio psíquico. Este espacio y las emociones que le sostienen generan experiencias subjetivas e intersubjetivas diversas, como diversas son las manifestaciones de la agresividad y la violencia.

ESPACIOS PSIQUICOS Y EXPERIENCIA EMOCIONAL

En un modo de vivir donde se nos somete y exige obediencia sin respetarnos, inhumanamente, da surgimiento a seres humanos destructivos y auto-destructivos en la violencia. Ese espacio de relaciones o espacio psíquico, y como lo vivimos, esta en la base de nuestro humanizarnos de un modo u otro.

Cada cultura, cada familia, cada espacio social (escuela, religión, etc.), van configurando diferentes espacios psíquicos y el niño y niña lo viven en su crecimiento como miembro de esa cultura "de una manera invisible, no apuntada, no enseñada directamente en la escolaridad o en la familia", pues ocurren en la cotidianidad, en el modo de vivir de todos los días. Por eso es una experiencia emocional anclada en ese espacio psíquico inconsciente. Es la emoción básica que circula ahí, la que se vivirá de un modo que la estructura cultural del contexto familiar tendrá ahí su resonancia.

La familia como unidad social, como este espacio psíquico inconsciente de crecimiento humano, posibilita a los niños y niñas, *"desarrollar sus capacidades, su potencial y habilidades necesarias para lograr su autonomía, como también un lugar de sufrimiento, arbitrariedad, injusticia, opresión, pena, amenaza, violencia y abusos sexuales."* (PERRONE y Nannini,1997:19). Es el crisol tanto donde se concretan las identidades y alienaciones, los llamados procesos de salud-enfermedad mental, o alienación-desalienación del ser humano. La familia como holón social, manifiesta contradicciones sociohistóricas que configuran también la subjetividad individual y el espacio relacional intersubjetivo de sus miembros.

Se han mostrado evidencias en diversas investigaciones que respecto a la conducta antisocial, de que hay un factor de influencia en el desarrollo temprano del individuo, y en este aspecto el maltrato infantil se destaca especialmente como una forma de violencia familiar y escolar presente en nuestras culturas predominantemente autoritarias, competitivas y patriarcales (Castro, 2003).

Usar la supresión de la agresividad infantil propia del desarrollo evolutivo, como justificación para ejercer una relación violenta de sometimiento y control, basado en este espacio psíquico inconsciente de rechazo al ser del niño, es un elemento que encontramos en la mayor parte de las familias con patrones violentos que traen a estos niños a la atención psicológica, además que es frecuente suurgencia y crisis, por la presión de otra institución social a la que el niño se ve sometido: la escuela. Es el ámbito escolar otro de los demandantes de este "control" pues por su estructura y dinámica, se ve impedido de establecer un espacio relacional adecuado al desarrollo de la expresión de la agresividad, y una de sus expresiones intelectuales: la crítica.

Históricamente el abuso infantil esta reportado en los estilos y patrones de crianza y socialización de distintas culturas y en las distintas épocas y regiones históricas. El concepto de niño ha variado históricamente, por lo que incluir a la infancia como objeto de estudio científico, de derecho o singularidad no ha ocurrido en todas las culturas ni tiempos. Recordemos que hasta hace poco el menor era considerado un "adulto chiquito". Es apenas en la década de 1960 (Castro, 2003) que en el capitalismo actual se reconoce el maltrato infantil como un evento de estudio y preocupación sociocultural. En la psicología clínica se empiezan a destacar las consecuencias de las prácticas socializadoras y educativas ejercidas en los niños, como el castigo corporal, la coerción física y psicológica, para controlar los comportamientos "indeseables".

Tanto la escuela como la familia, han de desacralizarse a fin de percibir esa dimensión de sufrimiento y opresión, que puede llegar al abuso degradante de lo humano, e ir contra los derechos humanos de los niños y niñas. Sobre todo cuando las relaciones jerárquicas someten al niño a una relación complementaria de un ciclo vicioso de injusticia, donde hace figura de victima o victimario. La posibilidad de una identificación con nuestra autenticidad se encuentra en esos casos perturbada pues alienamos nuestra naturaleza biológica y cultural, como seres que nos humanizamos en el amor expresado en el respeto al otro, a su diferencia esencial como es la nuestra. Sabemos que no basta comprender esta dimensión, sino intervenir en pos de un cambio de ese espacio relacional desde el saneamiento de esa dimensión emocional profunda a fin de salir de esa falsa polaridad y ubicarse más allá de ella. Por ello coincidimos en que no se trata de ser víctima o victimario, sino de no ser ni víctima ni verdugo.

ANIQUILAR O DESTRUIR

Ser agresivos no es sólo destruir, también es construir a partir del hacer humano: el arte y el trabajo en colaboración, el asunto básico es permitir que la agresión sea el motor de nuestras relaciones plenamente humanas, amorosas, de respeto mutuo en la transformación conjunta, es decir, social. *"...con agresión sublimada no se asimila el alimento. (...) El restablecimiento de las funciones biológicas de la agresión es, y sigue siendo, la solución al problema de la agresión."* (Perls, 1975:151). En cambio, en nuestras actuales sociedades, generalmente antihumanistas, dominadas por el imperio de la razón, la agresión se vuelve un concepto censurado, al relacionarse exclusivamente con su fase destructiva, pero como aniquilación, lo que descarta el aspecto colaborativo y amoroso de esta fuerza, enjuiciándola como sinónimo de ataque, destrucción y muerte. Se desconoce así su vitalidad y se torna en lo que llamamos violencia, una violencia que se permea hacia lo físico, psicológico e intelectual, a nuestra condición de género.

La aniquilación es un componente de la violencia que no esta presente en la agresividad. *"Destrucción y aniquilación no son en absoluto idénticos. La aniquilación significa hacer desaparecer una cosa, hacer "nada" de "algo", mientras que la destrucción, como lo señala la palabra, significa hacer desaparecer tan sólo la "estructura".* (Perls, 1975: 29). *El mismo Fritz Perls, mencionaba ya desde su primer texto, "Yo, Hambre y Agresión", que el agresor "no tiende a la desaparición de su objeto quiere apoderarse de algo, pero encuentra resistencia. Entonces procede a destruir la resistencia, haciendo que quede intacta la mayor parte de la sustancia que le es valiosa. Esto tiene aplicación a las naciones lo mismo que a los individuos y a los animales"* (p.61). Complementando, atendamos a lo que nos menciona Pedro de Casso (2003) respecto a que "...destruir es más bien "desestructurar", pero conservando los ingredientes para su aprovechamiento en todo o en parte (...) podemos ver como "hostil" no sólo lo exterior, sino también algo interior (...) el problema proviene de que el sujeto pone en marcha un patrón de identificación/alienación "orgánicamente" inadecuado a la situación, por considerar hostil o peligroso el que resultaría "orgánicamente" adecuado. Así viene a rechazar o "alienar" una parte de sí –la que habría podido enfrentar el "peligro" –-, estrechando con ello los límites del su ego", es decir la proporción de lo que deja "dentro" y lo que pone "fuera" de sus límites." (De Casso, 2003:83-84).

Este proceso es responsable de que paradójicamente, nos mostremos violentos, aniquiladores, en el interior de nuestras relaciones familiares, cuando en el contexto humanizante se requiere de una actitud amorosa con los hijos, que permita la expresión de su agresividad como elemento necesario para que asimile sus experiencias de crecimiento. Por otro lado, resulta que somos incapaces siquiera de agredir, es decir, desestructurar el orden social impuesto, mediante la violencia real y simbólica, que conmina nuestra apatía política y nuestra falta de solidaridad con los más desfavorecidos de nuestro sistema social injusto. Ni siquiera la presencia cotidiana de la represión policíaca de los movimientos sociales que reivindican la defensa de los desfavorecidos, en los estados más pobres de la república, como Chiapas o Oaxaca, activan nuestra crítica y nuestro ir hacia un cambio político social.

"No cabe duda que la humanidad sufre de agresión individual suprimida y ha llegado a ser el ejecutor y la víctima de tremendas cantidades de agresión colectiva puesta en libertad... La agresión biológica se ha convertido en agresión paranoica. (...) La agresión paranoica intensificada es un intento por redigerir proyecciones. Se siente como irritación, rabia o un deseo de destruir o de conquistar. No se experimenta como agresión dental, como perteneciente a la esfera de la alimentación, sino que se dirige como agresión personal contra otra persona, o contra una colección de individuos que actúan como pantallas para las proyecciones." (Perls, 1975:150).

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

La falta de respeto amoroso al otro, aparece en la violencia contra los grupos minoritarios (homosexuales, indígenas, minusválidos, ancianos y niños predominantemente), Y por el contrario, se nos plantea la supuesta tarea principal de suprimir la "agresión" (después de que ha sido en esencia negada en su función organísmica original), a través de la convivencia represiva y cotidiana en la familia y la escuela. En la ya mencionada "Encuesta de maltrato infantil y factores asociados 2006", dada a conocer por Inmujeres, *"se consideraron cinco tipos de maltrato: emocional (que es el que se presenta con mayor frecuencia tanto en hombres como mujeres), físico, físico severo, sexual y abuso sexual. En lo que se refiere al maltrato físico, la encuesta revela que entre 14 y 20 por ciento de las niñas sufren este tipo de agresión, en tanto que en los niños se registra un porcentaje de entre 16 y 20 por ciento. Generalmente se tiene la creencia de que a las mujeres se les maltrata más emocionalmente, y que a los hombres, por su constitución, se les maltrata más físicamente, sin embargo, esta investigación refleja que el maltrato físico es prácticamente igual para niñas y niños."* [4]. Esta aniquilación de las diferencias de género a fin de ejercer la violencia, esta fundamentada en la negación del otro, lo que implica en términos generales que ya en acción la violencia no establece diferencias conforme a la supuesta resistencia física de un género u otro. Aunque persiste una situación de desventaja global de las mujeres en la persistencia de otras modalidades de la violencia como la sexual. Recordemos que la violencia pone como emoción fundamental la negación de la emoción fundamental de los otros. Es un modo cultural de vivir el espacio psíquico en la cultura patriarcal ya que ésta es ante todo un espacio relacional inconsciente de negación del otro. (Maturana, 1997). Esta negación parte del odio a la diferencia y a la legitimidad incondicional del otro como humano.

Esperaríamos que esta manera de vivir fuera una excepción, pero lamentablemente encontramos que la violencia no es un problema individual, sino una manifestación de nuestra cultura que nos incluye en su dinámica. Quienes ven alterada o bloqueada su capacidad de responder, su responsabilidad, o quienes no la han desarrollado adecuadamente para esas condiciones adversas de sus espacios psíquicos de relación, quedan atrapados en percepciones o situaciones que no pueden cerrarse y en una falsa identificación con su propia naturaleza y potencial humano. La situación de violencia se torna una colaboración sutil entre todos los participantes del campo global o contexto de la experiencia, una correspondencia que caracterizamos como centrada en la inauténticidad. Ante una situación de violencia es una respuesta auténtica el autoprotegernos, si alteramos esta disposición, incluso la respuesta más automática que es la evitación o la huida, en un ciclo de experiencia que se ha interrumpido, se aliena esta respuesta adecuada y se sustituye por una identificación complementaria con el agresor.

NORMALIZACION DE LA VIOLENCIA

Siendo la violencia un modo de convivir desde esa emoción destructiva y como una negación del otro, se estabiliza en un estilo de vida que en sus conversaciones cotidianas "normaliza" la interacción, justificando y razonando las conductas violentas, como parte de la vida cotidiana. Es un consenso que aparece como propio de las relaciones. Mantener esa emoción de negación del otro y su sometimiento es parte de la cultura y por ello de la familia y la relación entre sus miembros. Así, es "normal" que los padres se molesten con el menor y le sometan por su lugar en la jerarquía al imperio de la obediencia, y por ello, las faltas del niño o niña a esa obediencia y sometimiento, se caracterizan como rebeldía y "mal comportamiento". Poner un castigo se convierte en un medio de normalización, donde los padres pueden ejercer violencia sin llamarla así. Este ciclo relacional expresado en muchos otros ejemplos, muestra como las interacciones conservan el fondo emocional de negación del otro, la falta de respeto a su legitimidad, la falta de un fondo amoroso inconsciente que ponga en evidencia esta violencia como transgresora de nuestros elementales derechos como humanos.

Perrone y Nannini (1997:21) desde un abordaje sistémico y relacional sobre la violencia y abusos sexuales en la familia, han descrito una forma de violencia que denominan "violencia castigo o violencia complementaria" como aquella donde "la "víctima" pierde el sentido de su integridad y puede llegar a justificar y negar la violencia del otro.". Encuentran que aún en la relación de abuso sexual, el sentimiento de vergüenza y culpabilidad de la víctima trastorna el sentido de la responsabilidad. Por ello lo que parece ser un acuerdo con la víctima, es simplemente "la aceptación sin opción posible por falta de alternativas y de apoyos emocionales sólidos".

Es frecuente que nuestros pacientitos expresen que ellos son los responsables de que sus padres "se enojen y tengan que castigarlos". Ellos finalmente, son los que "están haciendo mal". Por algo van a terapia. Nos corresponde entonces, ser conscientes de estas situaciones y no quedarnos en percibir sólo la figura dominante que nos plantean los demandantes de la consulta, sino indagar y contextualizar en ese fondo emocional y relacional donde se esta humanizando (o deshumanizando) al niño. El enfoque gestalt plantea esta flexibilidad de figura-fondo como un elemento necesario para una salud mental, y no sólo de parte del paciente, sino del mismo terapeuta. Flexibilidad en el movimiento de las polaridades complementarias, y en la creación y destrucción de Gestalten. Por ello considero que delimitar el ámbito de la agresión como distinto del ámbito de la violencia y las diferencias emocionales y por ello, comportamentales y relacionales distintas que las sostienen, es un paso en la restructuración (o re-encuadre) del campo figura-fondo con el que establecemos los diagnósticos y después las medidas de intervención terapéutica. Intervención que requiere por supuesto, al mismo tiempo que atendemos a los niños, que los padres se incorporen a un trabajo de reeducación que evidencie, por etapas, un proceso de formación psicoemocional centrada en la no violencia y el restablecimiento de vínculos amorosos con sus hijos en el manejo de la disciplina y la autoridad en casa. Proceso que implementamos en el programa de "Escuela a Padres", y que esperamos siga enriqueciéndose en sus aportaciones para abordar esta tarea desde su complejidad.

SUPRESION DE LA AGRESIVIDAD INFANTIL Y SUS EFECTOS

Para Laura Perls (1939), paradójicamente es la frustración de la agresividad natural que expresa el niño durante su proceso de desarrollo, y que le impulsa a obtener los satisfactores de su necesidad, los que van resultándole al adulto un comportamiento irritante y peligroso, por lo tanto lo enmarcan en el parámetro de lo indeseable, frustrando así al niño en su expresión. El adulto bloquea las conductas manifiestas de agresión (ir hacia) del niño, sin distinguirlas de las manifestaciones socializadas de violencia. Los padres en la relación que mantienen con los hijos, y bajo el clima psíquico de insatisfacción amorosa, contradictoriamente usan para la supresión de la agresión infantil, la ira, que es el sentimiento agazapado que usa la violencia o el uso indiscriminado de la fuerza para expresarse, se torna entonces sí, en un mecanismo violento donde se manifiesta la ira.[5] Al mismo tiempo, los niños reciben un doble mensaje, pues vivencian el arrebato violento de la ira de los adultos ya sea en forma directa o indirecta de la desaprobación, y el resultado final permite que el niño igual se asuste (a mayor acercamiento y vivencia de la violencia), que se fascine (entre más ajena la vea); creando una ambivalencia interior cuando experimenta ira.

En el enfoque gestáltico, ya ha habido un intento de diferenciar las formas de la agresión, y aun creemos que no se ha profundizado suficiente sobre la pertinencia no de una clasificación por sus efectos o su descripción, sino por su origen en una constitución emocional y relacional distintiva, como proponemos en este texto. Como ejemplo presento la postura de Héctor Salama (2002:167) que respecto a la agresión como fuerza vital, comenta que: *"Cada ser humano maneja su propia energía, y cito a Perls quien dice que la agresión es la fuente de la energía vital que la persona necesita para satisfacer sus necesidades. Señala cuatro formas de manejar la energía desde la agresión: 1. Para sobrevivir: satisface las necesidades básicas. 2. Para la defensa: evita la extinción del organismo. 3. Creativa: la encausa para la solución de situaciones nuevas 4. Neurótica: es el manejo inadecuado de la situación que perjudica al organismo. La estrategia consiste en diferenciar la agresión patológica de la adaptativa y se procede a la resolución desbloqueando y canalizando la energía hacia nuevas maneras de expresión."*

Es ha esta agresión neurótica, patológica y no adaptativa, que hemos propuesto ubicarla en su contexto más amplio y profundo, identificándola claramente con la violencia como tal. Sin esta distinción nos parece que perdemos la riqueza de reconocer la dimensión político-social de la misma, y por ello de su nociva presencia en la formación de la subjetividad humana, tanto a nivel individual, como familiar, cultural y sociohistórica. Por eso a nivel de la clínica infantil consideramos que suprimir la agresión no sólo tiene efecto en los comportamientos denominados de "mala conducta", también llevan el riesgo de reprimir el impulso vital de acción del niño, condición indispensable para el desarrollo de su curiosidad y del proceso de desarrollo intelectual. Ignorantes de estas consecuencias los adultos, más que responder a las necesidades intelectuales del niño, se interesan predominantemente por el reconocimiento de "su autoridad".

Inhibir la agresión en estas etapas formativas del ser humano, nos parece incluso que van más allá de un trastorno temporal del aprovechamiento académico, pues inhibe el logro de un desarrollo intelectual maduro que trascienda la razón mediante el pensamiento crítico, pues este ser humano carece de la fuerza necesaria e incisiva, para desarticular los mecanismos justificadores del status quo, de nuestras sociedades represivas, intolerantes y generadoras de violencia simbólica e institucional, con las consecuencias de una población enajenada y pasiva.

Las figuras de autoridad adultas, incluidos los padres, como el policía, el militar, el profesor, el político, etc., aprueban la expresión agresiva para si, a través de la legitimación del maltrato, los golpes y castigos, la discriminación, la imposición de reglas y leyes, muchas veces inflexibles, y en el uso oculto de la represión e incluso, el imperio abierto de la guerra. Así, estas figuras se atreven a considerar que la agresión de los niños, especialmente su comportamiento directo y espontáneo "ataca el ambiente", mientras en cambio su violencia institucionalizada, supuestamente no lo hace. En la relación abusiva *"toda la culpabilidad recae sobre la víctima, y en modo alguno sobre el abusador. Tal desplazamiento confunde las capacidades críticas de la víctima."* (Perrone y Nannini, Op. Cit. p.23).

La inquietud del niño y el carácter infantil de sus impulsos, que aún esta aprendiendo a autorregular, reciben desde temprana edad censura y represión, traduciéndose posteriormente en el enojo violento. Ante estas emociones de ira, se ve de nuevo interrumpida su expresión, y aprende el niño a enmascararlas o expresarlas bajo

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

comportamientos antisociales sin razón aparente. No son por tanto la expresión directa y espontánea de sus verdaderos sentimientos, sino consecuencias de la evitación de la agresión. Los niños se ven obligados a introyectar la regla de suprimir su agresión, por ende afectan su capacidad de actuar, tomar decisiones, oponerse, arriesgarse, criticar, entender, e ir hacia otro modo de convivencia social, etc.

La búsqueda de la obediencia ciega creara adultos que se forman en la fila de las personas que creen y aceptan cualquier promesa (cubierta de sutil amenaza), impresionándose fácilmente hasta con una demostración de fuerza aparente y convenciéndose de cualquier propaganda política y comercial que convenientemente mantenga las cosas en la "seguridad" de las cosas como están (más vale malo por conocido que bueno por conocer), y no desarrolla su capacidad reflexiva-crítica, no entendiendo, ni tomando posición activa en la comprensión y el cambio de su realidad social.

Ya otras consecuencias de este ciclo de la violencia en la crianza de los hijos, ha sido abordada ampliamente por los investigadores, e incluye cuadros de interés psicológico como la baja autoestima, la depresión, aislamiento, deserción y bajo rendimiento escolar, trastornos alimenticios, embarazos no deseados, consumo de drogas, suicidio, entre otros. Nos parece que desde la perspectiva de que nos encontramos ante un callejón sin salida ante la represión de la agresividad y la crítica, los malestares tienden a constituirse aparentemente en problemas individuales, al ocultar ese fondo colectivo de supresión de la agresividad como transformación social.

EL CICLO VICIOSO DE RETROALIMENTACION DE LA VIOLENCIA

Ya en 1939, por ejemplo, la entonces psicoanalista y después gestaltista, Laura Perls, señalaba:

"La exigencia de respeto por parte de los padres supone que el niño no debe cuestionar a los adultos, que debe y tiene que hacer lo que le manden hacer, que debe creer lo que le enseñen, en pocas palabras, que debe aceptar en vez de criticar. El psicólogo llega a la conclusión de que, metafóricamente hablando, el niño ha sido obligado a tragar muchas cosas sin que le permitieran ni morder, mi masticar, ni digerirlas. De hecho esta no es sólo una metáfora sino que la capacidad de morder, de masticar, de digerir y de asimilar los alimentos físicos) y, por otra parte, la capacidad de pensar, de criticar, de entender que son la forma de asimilar los alimentos intelectuales) son manifestaciones del mismo instinto agresivo. La experiencia de los psicoanalistas demuestra que inhibir una de estas funciones afecta profundamente a las otras y viceversa."

En estas relaciones ubicamos lo que llamamos la introyección de parte de los hijos, de la regla de suprimir su agresión. Los adultos amenazan a los pequeños desde temprana edad, si traspasan la barrera de lo permitido por ellos, pero no para ellos. El ambiente como factor perturbador de la expresión emotiva del niño, va imponiendo su doble lógica de temor-fascinación, a un ser que se encuentra en dependencia física, emocional y psicológica, en su capacidad para defenderse de este mismo ambiente que le procura estímulos suficientes para enfurecer y atemorizarse. Esta relación con su contexto permeado de hostilidad encubierta y abierta, requiere de su respuesta defensiva, necesaria pero prohibida, por el componente agresivo, lo que genera un malestar ante la vulnerabilidad que desvía la expresión auténtica de esta fuerza movilizadora de la agresión, a una conducta violenta que se ha aprendido en este doble vinculo que la autoridad utiliza para su "ataque educativo".

A nivel de la intervención clínica, nos percatamos de que la importancia del manejo adecuado de la agresión radica por ello, en su capacidad de desestructurar la identificación elaborada por los niños y niñas, con "introyectos" no masticados ni digeridos por esta energía agresiva. Uno de las consecuencias a nivel de la función personalidad y yo, del self, será privarnos de nuestra identificación con nuestra autenticidad, con la "sensación de ser nosotros mismos".

"...lo que nos hace separarnos de nuestros límites (del ego) reales, alienar partes "propias" etc., en determinadas situaciones, es el hecho de que nuestro ego o carácter nos mantiene por principio identificados con nuestros "introyectos", material ajeno (pensamientos, normas éticas, comportamientos sociales, hábito, etc.) que hemos tragado en su momento "sin masticar", y con el que nos "identificamos" como si fuera propio; ese material, al no haber sido desestructurado "orgánicamente" en parte asimilable y parte desechable, opera en nosotros como un cuerpo extraño que conlleva una sensación, generalmente inconsciente, de malestar y lucha interna: la ausencia del "sentimiento de sí mismo", de la sensación de ser nosotros mismos". (De Casso, 2003:89-90).

Bloqueada la respuesta auténtica de agresividad del niño, se sustituye mediante esta alienación de su identificación personal, con un modelo de violencia institucional (en tanto son patrones estables de la familia o la escuela) y subliminalmente elegida en la identificación con los patrones parentales de violencia. Al estar estos patrones de respuesta, sostenidos en el espacio psíquico inconsciente de la emoción de desamor y odio, ya no puede, ni quiere hacerse responsable de sus consecuencias, del mismo modo como esas figuras de autoridad y el contexto social que ha introyectado, evitan su responsabilidad.

La ira, el enojo, son emociones que difícilmente se aceptan y expresan, sin embargo la agresividad de alguna forma se expresara incluso hacia nosotros mismos, con auto-agresiones como la depresión, la neurosis, los trastornos psicosomáticos etc.[6], o se dirigirá hacia los demás, entonces no nos sorprendamos que el niño, aprendiendo a ser adulto futuro, en la medida que crece y se vale por si mismo asuma conductas dañinas, plenamente violentas. En nuestra cotidianidad, nos vemos enfrentados a situaciones de conflicto constante y evitarlo al censurar la agresividad, no es la mejor solución. Enfrentar en el dialogo democrático las diferencias, y conversar sobre la cultura de la violencia son alternativas a estos ciclos viciosos. Sin embargo va quedándonos claro que:

"...hay también dos formas extremas que conllevan daño para una u otra parte. Esos extremos son la "delincuencia" y la "neurosis"... en la delincuencia hay una agresión excesiva, y en la neurosis, una agresión insuficiente... En la neurosis, el sujeto, en vez de enfrentarse, prefiere huir. Escoge la evasión, la evitación. Esto en sí, es una posibilidad, no necesariamente neurótica (...) el neurótico toma por peligro real lo que no lo es, y prefiere evitar el conflicto ... el sujeto podría enfrentar la situación sin daño para él, pero al "imaginar" (mentalmente) que no va a poder prefiere retirarse, sacrificando con ello una parte de su personalidad, aquella precisamente, que le permitiría enfrentar el conflicto o el peligro. Teme quedar excluido de los "límites de la sociedad", teme ser rechazado por los otros, si hace o dice algo que le cree conflicto con ella." (De Casso, 2003: 81-82).

Los efectos de la supresión violenta de la agresividad nos divide en víctimas o victimarios con razón, suprimiendo la legitimidad del otro en su actuar independiente (lo que es un acto de desamor), con lo que educamos a la victima a que tome el lugar de victimario, en cuanto tenga una supuesta razón para justificarse. La energía de la agresión, ya como violencia se podrá manifestar como legitima (en cuanto tenga una razón que me justifique), tanto en lo legal como en lo ilegal (pero legitimo en cierto contexto). Además, recordemos que en el orden de imposición jerárquica, cuando la razón no se justifica, la última razón la tiene la imposición de la fuerza. La llamada ley del más fuerte.

Es por este aprendizaje introyectado que cuando dejamos de ser víctimas, seremos los victimarios en este círculo vicioso de retroalimentación de la violencia. La pérdida del amor conduce a la aniquilación del adversario o al mantenimiento lentamente aniquilador de nuestra humanización auténtica, en este círculo de victima-victimario. Ahora bien, aunque mostramos este aprendizaje como un asunto individual, ya hemos planteado que nos parece que no es un asunto de individuos particulares, sino de personas totales en una relación contextual específica en el presente, donde la responsabilidad ha de ser asumida por todos los involucrados al grado de desestructurar las identificaciones subjetivas que se han elaborado en la convivencia con nuestra cultura de la violencia, tanto a nivel familiar como social.

CONCLUSIONES

En el plano de la intervención gestáltica, Pedro de Casso (2003) nos recuerda que "...La única forma como podemos recuperar la "sensación de nosotros mismos" consiste, para Perls, en pararnos a "masticar" y desestructurar todo ese material ajeno introyectado, de modo que podamos "asimilar" lo que sintamos como "propio", y desechar todo el resto como "ajeno". Consideramos en cambio, que es posible expandir esta posibilidad que aquí esta consignada prácticamente como una tarea individual, a una dimensión que no ignore la dimensión de la subjetividad cultural, tanto familiar como social. Pero, si la normalización de la violencia, en una cultura de la violencia, la mantiene sin reflexión, inconsciente, ¿Cómo modificar la cultura de la violencia? Maturana, desde la biología del amor, ha propuesto tres elementos básicos:

- ***Mediante la reflexión de la cultura de la violencia***
- ***Impulsando que el conversar sea el modo de vida***
- ***Operar en el emocionar, operar en la biología del amor***

Una tarea titánica para nuestro desarrollo humano es por tanto, aceptar la agresión en un marco de respeto y amor en nuestra naturaleza, pues la hemos aislado y descontextualizado de nuestra humanidad. La deslegitimamos de nuestra totalidad creativa-destructiva. Reprimirla y aislarla ha producido las figuras de la violencia que pretenden alienar a los demás para imponerles relaciones de miedo y terror.

La violencia con que pretendemos suprimir la energía agresiva de los niños crea niños con miedo a sí mismos y a los demás. Este desencanto en su origen, nace del desamor, de la carencia de aceptación, tolerancia y respeto al otro, a la diferencia y la diversidad. El camino por ello, no es reprimir la pulsión agresiva, aunque podemos inhibir sus manifestaciones inadecuadas en la forma de la violencia real y simbólica. La energía agresiva permea nuestra acción, por ello hay que utilizarla, desarrollarla como una herramienta útil para organizar nuestras vidas. Para Perls, "La agresión tiene un objetivo en común con la mayoría de las emociones: no una descarga sin sentido, sino más bien una aplicación... la mayoría de las emociones requieren como objeto al mundo[7].

Aportemos un apoyo adecuado a nuestros niños desde el momento mismo de sus primeras manifestaciones, reconozcamos al niño que arremete, incluso desde la dentición, que requiere utilizar orgánicamente su agresividad para

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

morder-transformando y por ello procurar proporcionarle en su momento, el alimento adecuado para ello. Podemos anotar una implicación más, por ejemplo para el uso de los juguetes, que tiene que ver con la necesidad de que el niño lo manipule libremente, estimulando su capacidad creativa, constructiva-destructiva, polaridad que se expresa en la indagación de lo que el juguete lleva dentro, por ello curiosidad de des-armar lo que encuentra, y por ello, permitírselo en la medida de lo conveniente.

Permitir la agresividad y encauzar la violencia hacia sus mecanismos de origen, y no su supuesta "supresión", le permiten al niño contar con pautas para participar más seguros y confiados en la transformación de su contexto y de sí mismo, sobre la base de un sentimiento de ser amados y respetados siendo niños, participes legítimos de su propio futuro como adultos, en una forma inteligente y comprometida con su sociedad, en sus relaciones y por supuesto, en su condición política.

El desarrollo de nuestros niños es el espejo de nuestras formas de convivencia cotidiana y por ello de nuestra dimensión social. Lo que observamos en sus conductas esta directamente relacionado con el habitad social en el que se esta adaptando como ser viviente. Como seres sociales, humanizarnos implica asumir nuestra pertenencia al tipo de sociedad en la que nacemos y de la que nos vamos volviendo conscientes, por ello, como expresa el biólogo chileno Humberto Maturana (1995:15-16):
"...se es humano sólo de las maneras de ser humano de las sociedades a que se pertenece. Si pertenecemos a sociedades que validan con la conducta cotidiana de sus miembros el respeto a los mayores, la honestidad consigo mismo, la seriedad de la acción y la veracidad en el lenguaje, ese será nuestro modo de ser humanos y el de nuestros hijos, por el contrario, si pertenecemos a una sociedad cuyos miembros validan con su conducta cotidiana la hipocresía, el abuso, la mentira y el autoengaño, ese será nuestro modo de ser humanos y el de nuestros hijos."

LUDOTERAPIA AUTOCREADORA A.C.

BIBLIOGRAFÍA

AGRESIVIDAD INFANTIL Y RELACIONES VIOLENTAS

Universidad de Guadalajara, 2006.

Mtra. María Guadalupe Covarrubias de la Torre.
Mtro. Alejandro Vera Ramírez.

AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION (2000) *Manual Diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, Texto Revisado, DSM-IV-TR, Versión española de la cuarta edición revisada de la obra original en lengua inglesa (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders:DSM-IV-TR).* Barcelona, España, MASSON, 2002. pp.107-115.

ÁNGEL de Grieff, Elizabeth, GAVIRIA, Patricia y RESTREPO ,Silvia (2003) *La conducta agresiva y su relación con la conducta antisocial, en SILVA, Arturo, ed. (2003) "Conducta Antisocial: un enfoque psicológico"*, Editorial Pax. México, pp. 101- 148.

CASTRO de Restrepo, Cristina (2003) *Maltrato Infantil, en SILVA, Arturo, ed. (2003) "Conducta Antisocial: un enfoque psicológico"*, Editorial Pax. México, pp. 149-193.

COVARRUBIAS de la Torre, María Guadalupe (2005) *Enseñando Gestalt con Gestalt, Guadalajara, Jalisco, México, Tesis de Maestría en Psicoterapia Gestalt*, INTEGRO.

COVARRUBIAS, María Guadalupe; SERRANO M. Y VALENCIA G. (1990) *Características Generales de la población atendida en el CESECLIN, 1985-1988.* Tesis de Licenciatura en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Guadalajara.

DE CASSO, Pedro (2003) *Gestalt, terapia de autenticidad. La vida y la obra de Fritz Perls*, España, Kairós.

GINGER, Serge (1995) *Gestalt, el arte del contacto, México, editorial Océano. 1ª.* Edición en español, 2005.

GONZALES, Lourdes. "El rostro del maltrato: las niñas lo sufren mas que los niños". *Nota tomada de Mujeres: sociedad y política.* Extraído de http://www.mujerestam.com/nota.asp?id=546, 23 de Noviembre del 2006.

MATURANA, Humberto (1995) *La realidad: ¿objetiva o construida? I Fundamentos biológicos de la realidad,* México, Coedición ITESO-ANTROPOS-UIA.

MATURANA, Humberto (1997) *"Biología y Violencia. Violencia en sus distintos ámbitos de expresión."* Santiago de Chile. Dolmen ediciones. 2ª. Edición.

NOCHEBUENA, Marcela. *"Entre más convivencia con los padres, menos maltrato infantil" en Periódico de México, 22 de Noviembre del 2006.* Extraído en línea de: http://www.elperiodicodemexico.com/nota.php?id=52697

PERLS, Fritz (1975) *Yo, hambre y agresión*, México, Fondo de Cultura Económica.

PERLS, Laura (1939) *"Como educar a los niños para la paz"* en Viviendo en los límites, Valencia España, Editorial Promolibros, 1ª. Edición en español, 1994. pp. 49-55.

PERRONE, Reynaldo y Nannini, Martine (1997) *"Violencia y abusos sexuales en la familia. Un abordaje sistémico y comunicacional"*, Argentina. Editorial Paidós.

SALAMA Penhos, Héctor (2002) *Psicoterapia Gestalt, Proceso y Metodología*, México. Alfa-Omega.

VINACOUR, Carlos A.(1995) *Mesa redonda: "NUEVOS APORTES AL ENFOQUE GESTÁLTICO: SU INSERCIÓN EN EL PRESENTE Y SU PROYECCIÓN FUTURA" en el COLOQUIO INTERNACIONAL DE GESTALT, publicado en http://www.gestaltsp.com.br/textos/novos%20aportes.htm* extraído 13 de Octubre 2006

NOTAS

[1] Centro Universitario de Ciencias de la Salud (CUCS), Centro de Servicios de Psicología Clínica Para Niños (CESEPCLIN) Sierra Nevada 950, Col. Independencia, Guadalajara, Jalisco. Tel. 01-33-10585200 ext. 3920-3921 Correo Electrónico: cesepclin_mgct@hotmail.com

[2] NOCHEBUENA, Marcela. "Entre más convivencia con los padres, menos maltrato infantil" es la nota que refiere a la "Encuesta de Maltrato Infantil 2006", financiado por el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) y ejecutado por el Instituto Nacional de Psiquiatría (INP) Ramón de la Fuente Muñiz. Los autores del estudio fueron -Jorge Villatoro, Nieves Quiroz del Valle, Lourdes Gutiérrez López, Martha Díaz Santos y Nancy Amador Buenabad- . Nota publicada en el "Periódico de México", el 22 de Noviembre del 2006. http://www.elperiodicodemexico.com/nota.php?id=52697

[3] Proponemos reflexionar este planteamiento distintivo acerca de la agresividad, más seriamente en nuestros actuales contextos teóricos y sociales. VINACOUR, Carlos A.(1995) Mesa redonda: "NUEVOS APORTES AL ENFOQUE GESTALTICO: SU INSERCION EN EL PRESENTE Y SU PROYECCION FUTURA" en el COLOQUIO INTERNACIONAL DE GESTALT, publicado en http://www.gestaltsp.com.br/textos/novos%20aportes.htm, Extraído el 13 de Octubre 2006

[4] GONZALES, Lourdes. "El rostro del maltrato: las niñas lo sufren mas que los niños". Nota tomada de Mujeres: sociedad y política. Extraído de http://www.mujerestam.com/nota.asp?id=546, 23 de Noviembre del 2006.

[5] Aquí es importante lo que Fritz menciona: "El equivalente emocional de la agresión es el odio. En vez de permitir escapes a la agresión, se introduce el dogma de que el odio puede ser compensado, o hasta reemplazado, por el amor..." (Perls, 1975:156).

[6] Por su parte, Fritz perls señala con claridad que, "La evitación de conflictos externos tiene como resultado la creación de internos" (Perls, 1975:194)

[7] Y aunque no estamos de acuerdo en la desviación de la agresividad hacia otros seres vivientes, Perls ya mencionaba la necesidad de darle contacto y sentido a la expresión emocional, por lo que en su caso, "Se puede elegir un sustituto, como golpear a un perro en vez de a un amigo, ya que el afecto necesita cierto tipo de contacto; pero como otras emociones, no proporcionará satisfacción si se le descarga sin sentido." (Perls, 1975: 151)

Primera Edición 2007. ISBN: 978-970-27-1233-6